

—Porque estaba en una tienda leyendo unos versos contra su excelencia—contestó uno de los guardias, saludando militarmente.

—Eso no es delito suficiente para encarcelarlo, replicó el poeta del «¿Que sais-je?». Entren aquí en mi casa, que quiero hablar con él.

Diciendo esto, el doctor Núñez entró en su casa, seguido de la policía y del preso.

El amargado bardo de la «Duda» los llevó a su cuarto, mandólos sentar, y dirigiéndose al preso le dijo:

—A ver, mi amigo, muéstreme los versos contra mí, que estaba usted leyendo.

El hombre sacó del bolsillo un grasiento papel, y se lo entregó al «Solitario del Cabrero», que lo desplegó y leyó la primera estrofa:

«Rafael Núñez es un hombre malo
que parece salido del abismo,
que es un traidor y a todos nos da palo
y es hombre y es demonio al tiempo mismo».

—¿Son suyos estos versos?—le preguntó el doctor Núñez al preso, sonriendo burlescamente.

—Sí, doctor—le contestó el otro, temblando.

—Voy a mostrarle a usted versos que se han escrito contra mí, para que usted sepa lo que es hacer versos buenos—repuso el doctor Núñez.

Sacó de un cajón del escritorio un papel, y leyó:

«Núñez en ruso es cizaña.
En céltico, sucio almíbar;
es en griego amargo acíbar,
y en portugués, robo y maña;